



El semanario de la Arquidiócesis de San Sal Salvador se llama ORIENTACION. Ha tenido diversos avatares, según han sido sus directores. A ves se ha vendido poco y a veces se ha vendido mucho. Hoy cada vez se vende menos. Pero aún así mantiene secciones útiles, orientadoras, sobre todo cuando trae palabras de la Iglesia universal, cuando reproduce sin recortar algunas homilías de Monseñor Rivera, cuando clama un poco abstractamente por la justicia, por la democracia, por la libertad.

Pero en su número del 25 de Abril último un titular llamativo nos dejó estupefactos. En él se lee "Somos el 41 por ciento". Ustedes saben que el 41 por ciento, más o menos, fue la proporción de votos, que consiguió la Democracia Cristiana. Y entonces ese "somos", al que se le ha quitado el sujeto expreso resulta absolutamente intolerable. Porque el sujeto implícito es que "nosotros" -semanario de la arquidiócesis- somos ~~des~~ que votamos por ~~la~~ Democracia Cristiana. O somos el pueblo salvadoreño que ~~votó~~ por la Democracia Cristiana. Lo cual resulta por cualquier lado absolutamente inaceptable. Si el 41 % votó por la DC, el 59% restante no votó por la DC. Y de ahí debe resultar que ese 59% ni es pueblo salvadoreño, ni cabe en el "somos" de ORIENTACION. ¿Se querrá decir que sólo el 41% votante por la DC es ~~cris~~stiano? ¿Se querrá decir que sólo el 41% es demócrata? ¿Se querrá decir que sólo el 41% es pueblo salvadoreño? ¿Se querrá decir que todo ese 41% y solo él es cristiano, demócrata y salvadoreño? ¿Cómo se puede decir o insinuar algo de esto en el semanario de la Arquidiócesis?

Esto sin entrar a fondo en los párrafos que acompañan al titular ni en el ~~ni~~ editorial que le respalda. En ellos se pretende decir -es la tesis pura de la DC y de Estados Unidos- que el 41% de los votos -exactamente es un 40.3%- deben tener poder y representatividad. La tesis de que el 41% representa más que el 59% es desde el punto de vista democrático formal completamente aberrante. La gente eligió a ~~dos~~ partidos que le parecieron mejores y los partidos ganadores hacen la política que les parece, a la espera de que el pueblo en unas próximas elecciones les diga que le gus-



tó o no le gustó lo que hicieron, incluidas las alianzas que hicieron. No es ahí donde hay que atacar. Donde hay que atacar es en la inoportunidad de las elecciones.

Era evidente y sigue siendo hoy más evidente que no había condiciones para unas elecciones en que se externase la voluntad de todo el pueblo salvadoreño en una mínima igualdad de oportunidades. Era evidente y sigue siendo hoy más evidente que las circunstancias no permitían elecciones justas y menos para establecer una Asamblea Constituyente. Era evidente y sigue siendo evidente que las elecciones no podían ser salida real y positiva al conflicto del país; podrán serlo por su fracaso, pero es una triste forma de malbaratar un medio tan esencial a la democracia como son las elecciones. Y entonces hay que decir que de aquellos polvos han salido estos lodos, y no andarse desgarrando las vestiduras porque el 41 % no es tenido en cuenta por la mayoría de los constituyentes. Si el proceso electoral que todavía no ha concluido -y ya estamos a 29 de Abril- acaba como el rosario de la aurora, la culpa no será de la izquierda, no será la culpa de los Cayetanos Carpios, de las Mélidas Amayas o de los Ungos, como dice el editorialista, ni tampoco lo será de los diputados -"unos hombrecitos llamados diputados", como les llama con total irrespeto el editorialista-, lo será de la no correspondencia de la solución de las elecciones con la realidad del país y con la realidad del conflicto salvadoreño. El que no preve en política es un político fracasado. Y los que preven mal son los responsables de los resultados y deben afrontarlos siguiendo las mismas reglas de juego que ellos propusieron. Afortunadamente hubo claras fuerzas sociales que dijeron de antemano que las elecciones no eran elecciones, aunque, eso sí, fueran un acontecimiento muy importante en la actual coyuntura salvadoreña.

No es nuestro propósito en este comentario entrar en el análisis de esa coyuntura, ni siquiera en el análisis del significado real de las elecciones. Lo que nos importa es, ante todo, decir que el semanario de la Arquidiócesis no tiene derecho



a titular con tales caracteres y en primera página como lo ha hecho; después, señalar que no se puede dejar su dirección en manos tan partidaristas; finalmente, que la Iglesia debe profundizar más en la realidad total del país para ayudar a encontrar la solución.

Monseñor Rivera en su homilía del 25 de Abril, aunque da por asentado en que la mayoría coincidió en que las elecciones fueron un éxito para el pueblo salvadoreño, se ve obligado a reconocer que "la situación sin embargo sigue todavía lo mismo, sobre todo para el área rural; y nos nubarrones de temores e inquietudes no se han disipado aún". En vez de fijarse en las querellas de los constituyentes y de las fuerzas sociales que participaron en el proceso electoral, pone su atención sobre todo en que la lucha armada ha continuado, en que el asesinato político y la represión también continúan, en que la Cruz Roja internacional recibió en el mes de Marzo la denuncia de más de 300 personas desaparecidas. Este sigue siendo el problema real inmediato más grave y uno de los desafíos más importantes para la Iglesia. Por eso anima escuchar de labios de Monseñor Rivera que "la Iglesia quiere reafirmar su vocación de servicio al hombre salvadoreño en la promoción de la justicia sin compromisos partidaristas".

Quizá por eso Monseñor Rivera no asistió a la inauguración de la Asamblea Constituyente. Claro que tampoco lo hizo la Junta de Gobierno, la Democracia Cristiana ni el Alto Mando. Asistieron en cambio Monseñor Alvarez, el recién nombrado Obispo titular de Mulli y Auxiliar de San Salvador, Padre Gregorio Rosa y el P. Freddy Delgado. También asistió, aunque entre el cuerpo diplomático, el Nuncio. Presencias y ausencias significativas, que no permiten repetir el "somos el 41 por ciento".

29-Abril-1982